

# ¿Bosques? Los justos, gracias

La ciega exaltación del valor ecológico de los bosques carece de fundamento biológico. La desaparición de nuestros bosques maduros sería un gran desastre medioambiental, pero si la mayoría del territorio ibérico se cubriese de una foresta continua el desastre sería posiblemente mayor. Evitemos el primer desastre, pero sin dirigirnos hacia el segundo.



Pequeño muestrario del aspecto interior de algunos bosques maduros de las cordilleras Béticas. De izquierda a derecha: quejigal de *Quercus faginea*, pinar de pino salgareño (*Pinus nigra*), encinar denso de *Quercus ilex* con labiérnago (*Phillyrea latifolia*) y madroño (*Arbutus unedo*), y pinsapar de *Abies pinsapo*.



*“Si nos acostumbramos a ser inconformistas con las palabras, acabaremos siendo inconformistas con los hechos.”*

Emilio Lledó

No sé cómo aprenden ahora los niños la tabla de multiplicar. En mis tiempos lo hacíamos coreando machaconamente las distintas combinaciones de dígitos seguidas de sus correspondientes productos. Tras muchas repeticiones, la asociación entre factores y productos quedaba troquelada para siempre en nuestra memoria. Desde entonces, escuchar “ochoporsiete” hace aflorar milagrosamente en mi cerebro “cincuentayseis” sin mediar intervención consciente alguna. El mismo método reiterativo empleaban también para hacernos aprender las oraciones, esas incomprensibles retahílas de frases absurdas que no podemos olvidar aunque queramos. También aprendimos, a base de escucharlas muchas veces, incontables asociaciones automáticas de ideas que en conjunto acabaron conformando nuestro “sistema operativo” mental. La mayoría de esas asociaciones funcionan en nuestro cerebro de una manera tan automática como la que vincula ochoporsiete con cincuentayseis.

Un buen ejemplo de esos prejuicios inconscientes afecta a nuestra valoración

subjetiva de las comunidades vegetales. Síntomas característicos son la exaltación automática de bosques y arboledas de cualquier naturaleza, unida a un menosprecio también automático hacia cualquier formación vegetal donde los árboles no sean protagonistas. Propongo bautizar a este trastorno como “síndrome de Estrabón”, en homenaje al autor clásico a quien suele endosarse la historia apócrifa de aquella ardilla que recorría grandes distancias sin pisar el suelo, muy popular cuando se evocan pretendidas glorias forestales ibéricas (véase el artículo de Santos Casado en el cuaderno 258 de *Quercus*, publicado en agosto de 2007). Si al ver las fotografías te ha atraído más la primera composición, tal vez padeses el síndrome de Estrabón. Para comprobarlo observa si, con la misma rapidez con que leer “nueveporcuatro” te evoca “treintayseis”, al decirte “bosque” tu cerebro emite instantáneamente una señal que dice “bueno” y cuando te digo “pedregal” tu cerebro retorna “malo”. La diferencia importante es que nueve por cuatro siempre serán treinta y seis, pero las otras asociaciones son falsas o cuestionables, por lo que tenerlas troqueladas en el cerebro predisponen a cometer serios errores de juicio.

## BIODIVERSIDAD MAL REPARTIDA

La región mediterránea es uno de los “puntos calientes” de biodiversidad más destacados del planeta. Por referirme a uno





de sus elementos más representativos, en esta región viven nada menos que el 10% de todas las especies de plantas conocidas, que se dan cita en una superficie de tan solo el 1'5% de las tierras emergidas del planeta. Tan formidable riqueza florística está bastante mal repartida. Dentro de la región mediterránea hay áreas calientes y frías de diversidad vegetal. Entre las primeras, destacan dos grandes zonas situadas en extremos geográficos opuestos. Una de ellas incluye las penínsulas de los Balcanes y Anatolia, en el extremo oriental, y la otra es la península Ibérica, a unos 5.000 kilómetros de distancia en el extremo occidental. Pero, dentro de cada una de esas zonas calientes, la diversidad de plantas también se distribuye muy desigualmente y hay comarcas que destacan por su extraordinaria riqueza. En el caso de la península Ibérica, la mayor concentración de diversidad vegetal se produce en las cordilleras Béticas, el conjunto de sistemas montañosos que discurre a lo largo de 600 kilómetros desde Gibraltar hasta el sur de la provincia de Alicante, pasando por Sierra Nevada, las sierras de Cazorla y Segura, y muchas otras sierras menos conocidas como Grazalema, Mágina, Almirajara o La Sagra. En estos sistemas montañosos viven cerca de 3.000 especies de plantas, varios centenares de las cuales son endemismos exclusivos de la región.

Pero la diversidad vegetal tampoco se reparte homogéneamente dentro de cada uno de los sistemas montañosos béticos, en los que también podemos identificar puntos calientes y fríos. ¿Dónde se encuentran la mayoría de los endemismos béticos, principales responsables de la extraordinaria riqueza biológica de la región? ¿Con qué tipos de hábitats suelen estar asociadas esas especies únicas de plantas? Si estas preguntas formasen parte de una encuesta para evaluar la incidencia del síndrome de Estrabón, o de un examen tipo test para valorar conocimientos de ecología vegetal ibérica (sugerencia que brindo a los enseñantes que puedan estar leyendo estas líneas), podríamos ofrecer dos respues-

tas alternativas: (a) en bosques y arboledas maduras y bien conservadas; (b) en matorrales raquíticos, arenales y pedregales. Siento desilusionar a los devotos de la ardilla viajera, pero la respuesta correcta es la (b). No encontraremos a la pléyade de plantas singulares de las sierras béticas en ninguno de los bosques de las primeras fotografías, ni siquiera en los emblemáticos pinsapares de Cádiz y Málaga. El grueso de la variedad vegetal que caracteriza a las cordilleras béticas se encuentra, por el contrario, formando parte de matorrales esqueléticos que crecen en cascajares, cantiles, arenales dolomíticos e inhóspitos pedregales como los de las segundas fotografías. Esos hábitats son los verdaderos enclaves hiperdiversos, a pesar de que no haya árboles. O mejor dicho, precisamente porque no los hay.

#### CADA PLANTA EN SU SITIO Y UN SITIO PARA CADA PLANTA

Distintas especies de plantas han resuelto de maneras diferentes los problemas básicos a los que se enfrenta todo vegetal, a saber, obtener suficiente espacio físico, luz, agua y nutrientes para competir con otros vegetales y reproducirse con éxito. Las diferentes especies han evolucionado hacia distintas soluciones para los mismos problemas a base de combinar adecuadamente capacidad de absorción de agua y nutrientes, eficiencia fisiológica, velocidad de crecimiento, tamaño, arquitectura y tolerancia a las adversidades físicas y biológicas, entre otros factores. Para algunas, como los árboles, la clave de su estrategia reside en su longevidad y capacidad de crecimiento sostenido hasta alcanzar gran tamaño, gracias al cual logran monopolizar luz y espacio, excluyendo así a la mayoría de las especies más pequeñas. En nuestras latitudes, los bosques maduros representan el último estadio de una batalla entre especies, donde la variedad vegetal ha salido derrotada por unos pocos árboles de gran tamaño (pinos, encinas, pinsapos, quejigos), precisamente en aquellos sitios donde las condi-



Algunos ejemplos de matorrales malos sobre pedregales de las cordilleras Béticas. De izquierda a derecha: Cañada Rincón (sierra de Segura, Jaén), Cerro de la Laguna (sierra de Castril, Granada), Cerro de los Machos (sierra Almirajara, Granada) y Cerro Empanadas (sierra de Segura, Jaén).

les permiten su triunfo. La gran mayoría del resto de las especies subsisten a largo plazo gracias a especializaciones que les permiten colonizar rápidamente las perturbaciones (bordes y claros del bosque, lugares quemados), o vivir en lugares permanentemente adversos donde la escasez crónica de agua, la infertilidad, el desequilibrio de nutrientes, la inestabilidad del sustrato o la severidad del clima impiden a los árboles establecerse y ganar la batalla. La gran diversidad vegetal de las cordilleras Béticas es precisamente el resultado, en parte, de una formidable heterogeneidad ambiental en términos de microclima y características físico-químicas del suelo, fruto de las grandes variaciones en orografía y la agitada historia geológica de los territorios. Esa gran variedad de oportunidades ecológicas permite la existencia a escala regional de una gama también muy amplia de soluciones evolutivas, es decir, de especies diferentes.

## REAJUSTEMOS PRIORIDADES

Si una sociedad necesita madera para construir casas y barcos, leña para cocinar y calentar viviendas, y frutos estacionales para alimentarse a sí misma y a su ganado, es lógico que la preservación de los bosques ocupe un lugar privilegiado en su escala de prioridades. Así nos lo demuestran las regulaciones forestales que pueblan muchas ordenanzas municipales españolas desde el siglo XIII. Más recientemente, la misma justificación económica ha motivado muchos alegatos en defensa de los bosques y las plantaciones de árboles. Por destacar una obra clave por su influencia en el movimiento regeneracionista español del siglo XIX y la Institución Libre de Enseñanza, citaré *El arbolado y la patria*, del político y jurista aragonés Joaquín Costa (1846-1911), donde la motivación económica queda patente en su declarada adhesión a “*las doctrinas que proclaman el arbolado como órgano vitalísimo en la economía del planeta y en la economía social*”.

Pero los retos ambientales actuales son muy diferentes de los que inspiraron al regeneracionismo español del siglo XIX y su pionera doctrina medioambiental. Hace tiempo que dejamos de depender de los aportes directos de los bosques para construir barcos, cocinar o calentar nuestras casas y esto debería llevarnos a rebajar la injustificada posición de privilegio de la que todavía siguen gozando bosques y sucedáneos en las prioridades de gestión de la naturaleza. El reto de la sociedad actual ya no es producir carbón o madera para mástiles y cuaderñas, sino frenar la ola de extinciones biológicas que se cierne sobre nosotros como consecuencia del cambio planetario global. Joaquín Costa se entusiasmaría escuchando los decimonónicos discursos de algunos políticos que prometen plantar ingentes cantidades de árboles –hasta 500 millones en cuatro años, dijo uno en la última campaña electoral–. Menos mal que luego suelen olvidar sus promesas. Porque tratar de tapizar la península Ibérica con una densa capa de árboles, como proponen esos prohombres ofuscados por el síndrome de Estrabón y el afán de poder, aparte de facilitar los viajes de las ardillas e impulsar el negocio de empresas de aeronaves para extinción de incendios, sólo tendría impactos negativos sobre la biodiversidad vegetal.

A pesar de su rareza e indudable atractivo estético, en la región mediterránea los bosques maduros son puntos fríos de biodiversidad. Preservémoslos con ahínco por su valor intrínseco, pero sin ensalzarlos en demasía ni fomentarlos artificialmente en detrimento de otras formaciones vegetales menos grandiosas que, además de desempeñar muchas de las funciones ecológicas de las arboledas, albergan la biodiversidad vegetal más distintiva. ♣

## Agradecimientos

A Santos Casado y Antonio Castilla por sus comentarios.